

de los tiempos le hacen incurrir involuntariamente en una verdadera profanacion. ¡Jesucristo diciendo chistes y equívocos á san Pedro en el momento solemne del más augusto y sublime de los sacrificios! ¡Cuánto han debido descaminarse las inspiraciones de la fe desde las meditaciones majestuosas de fray Luis de Granada y los arrobamientos celestiales de fray Luis de Leon!

En las obras que *Montoro* titula *liricas humanas* es algo ménos vulgar la inspiracion (1). Los asuntos no son en general tan sandios y triviales como en otros poetas, pero algunas veces descende á la más vil esfera á que puede llegar el pensamiento del poeta (2). Escribió algunos versos heróicos de ampuloso linaje, y muchas poesías lisonjeras y cortesanas dirigidas á Felipe IV, á la Reina Madre, á Carlos II y á varios magnates de la córte; pero, arrastrado por el impulso general, consagró principalmente su musa á una dama que se sangró, á otra que se sacó una muela, á otra que se durmió despues de cantar, á un zapato, á cuatro damas que quisieron hacerse brujas, á la Tarasca, á los rigores del abanino, y á otras fruslerías semejantes. Suelen encontrarse en sus obras bellos versos y trozos de entonacion robusta; pero todo lo desluce el afan de desplegar ingenio á todo trance; pudiendo con razon aplicarse á este poeta, como á todos los de esta desventurada escuela, aquel célebre verso, que contiene una gran verdad crítica:

L'esprit qu'on veut avoir, gâte celui qu'on a.

CAPÍTULO II.

Advenimiento de la casa de Borbon.—Felipe V quiere, sin conseguirlo, identificarse con la nacion española.—En artes y letras prevalece en la córte el espíritu extranjero.—Influencia de la cultura del reinado de Luis XIV.—No llega por entónces al pueblo español.—Agonia del número lírico.—Destellos de la entonacion antigua, perdidos entre los delirios del mal gusto reinante.—Enciso.—Bernaldo de Quirós.—Decadencia en la decadencia: últimos limites.—Poesía rastrera y familiar.—Salazar y Hontiveros.

A tan lamentable estado habian llegado las musas castellanas cuando subió al trono español, con el nombre de *Felipe V*, el príncipe frances Duque de Anjou. Preñada á la sazón la atmósfera política de Europa de disturbios, de recelos y de ambiciones, no presentaba á Es-

(1) Como este poeta está ya olvidado, juzgamos oportuno publicar los siguientes versos, copiados de un manuscrito, como muestra de su ingenio, de su entonacion firme y de su estilo hiperbólico y conceptuoso:

Á LAS RUINAS DEL COLOSO DE RÓDAS.

Yaces, ¡oh maravilla de los siglos!
Mas tan sublime en tus ruinas yaces,
Que por las bocas que te abrió el estrago,
Desmientes lo abatido con lo grande.

Causando al mundo un' versal asombro,
Fuiste del sol estatua venerable,
Y hoy, reducido á lástima el respeto,
Sólo del escarmiento eres imagen.

Cuanto elevó el primor de muchos años,
Precipitó la injuria de un instante,
A cuyo golpe estremecida el Asia,
Dió de sorda inquietud claras señales...

Acaso para mérito á tus triunfos
Deshizo el tiempo tu altivez gigante;
El tiempo, aquel cuya ambicion hambrienta
Los bronce come y los escollos lame.

Mas no; que si prodigio te erigieron,
Sólo por tu excelencia peligraste;
Que, aun sin malicia de las horas, siempre
Adolecíó de breve lo admirable;

Y así errado presume el poderoso

En su fortuna duracion constante,
Pues lo que más le constituye excelso,
Es asimismo lo que le hace frágil.

No de otra suerte en pródigo terreno
Árbol fecundo á quien de frutos graves
La abundancia feliz que le enriquece,
Es carga lisonjera que le abate.

¡Ay mil veces de tí! Postrado asombro
Verán siempre en tus ruinas las edades,
Porque es maligna condicion del tiempo
Hacer eterno lo que juzga infame.

(2) Hay un soneto, cuyo asunto no nos permiten expresar el pudor y el buen gusto. Raya en los últimos limites de la obscenidad y de la chocarrería, y sin embargo, ¡singular candor de aquel tiempo! las aprobaciones oficiales del libro declaran que no se halla en él cosa alguna opuesta á la modestia cristiana.

Una repugnante composicion de Montoro está inspirada por una dolencia hemorroidal que padecía. Más adelante Tafalla se complacia en describir una purga. Así se habia envilecido la poesía.

pañía una perspectiva de sosiego y de engrandecimiento el esclarecido vástago de Borbon. La nueva dinastía no traía en verdad á la nacion ni el esplendor del poder, ni el iris de la paz; pero venía con ella la luz de la esperanza. Hay en la vida de las naciones épocas de tanta esterilidad y desventura, que es forzoso salir de ellas á cualquiera costa y por cualquier camino. La mayoría del pueblo español sentía instintivamente la imperiosa necesidad, y recibió al nuevo rey con lealtad profunda y júbilo sincero, como una solucion feliz á la enmarañada y aflictiva situacion en que habia quedado la monarquía al fallecimiento de Carlos II (1).—No es de este lugar recordar detalladamente las azarosas visicitudes de aquel reinado borrascoso. La guerra de sucesion puso á prueba, así el sufrimiento de los españoles como la entereza del Monarca. Devorada España por la guerra civil, combatida por casi toda la Europa, desmembrados sus estados, y auxiliada en su propio seno por armas extranjeras, lo cual es siempre una calamidad, no decayó jamas el ánimo constante de esta nacion guerrera y esforzada.

No merece Felipe V el desmedido rigor con que le han juzgado varios escritores extranjeros, y señaladamente algunos de su propia nacion (2). La posteridad no puede conceder á este rey la condescendiente admiracion que le tributaron sin tasa muchos escritores contemporáneos; pero sería injusto desconocer que, á vueltas de sus accesos de indolencia y de hipocondría, y á pesar de no ser transcendental el alcance de su entendimiento, encerraba su alma prendas de alta valía. Su denuedo en los combates, su noble constancia en las horas de infortunio, la pureza de sus costumbres, y su sana intencion en favor de sus pueblos, son títulos gloriosos, de que la historia no debe prescindir. Pasados los tiempos borrascosos de la guerra de sucesion, intentó hacer penetrar en España aquella cultura artística y literaria que en su mocedad habia visto resplandecer con tan radiosa lumbré en la atildada córte de Versalles. Él creó la *Academia Española* y la *Academia de la Historia*; él fomentó, con el real sitio de San Ildefonso, las artes de la elegancia y del buen gusto.

Pero, con todos estos laudables esfuerzos, las letras, que viven con la vida de la inspiracion y del libre impulso nacional, no pudieron florecer en el reinado de Felipe V. Este monarca, sin embargo de su firme propósito de identificarse con la nacion española, traía involuntariamente consigo un vicio mortífero para la poesía: el espíritu extranjero, que, por la virtud misma de las cosas y de los sucesos, hubo de ingerirse gradualmente en el corazon de las clases cultas y aristocráticas. El roce continuo con los ejércitos franceses poco ó nada alteraba la índole peculiar del pueblo español, guardador obstinado de sus hábitos y de sus ideas. Pero, eclipsada por una parte, á los ojos de la crítica victoriosa entónces, la civilizacion religiosa y literaria de nuestro siglo de oro, y admitida con favor por la córte la influencia de la cultura pomposa y deslumbradora del reinado de Luis XIV, que toda la Europa acataba y remedaba entónces, no podia dejar de abrirse, si bien con lucha y embarazo, un nuevo camino á la actividad intelectual de los españoles. Pocas afinidades tenía en verdad esta civilizacion, esencialmente artificial y acompasada, con el espíritu gallardo, espontáneo y algun tanto indisciplinado que habia sido alma nativa y vigorosa de la literatura castellana. Felipe V asoció con noble y sincera voluntad á la nacion española su gloria, su porvenir y hasta su existencia. Pero era nieto de Luis XIV y alumno de su córte, y mal podia perder su ánimo los recuerdos y dejos seductores de la edad temprana, y asimilarse en cabal manera á una atmósfera intelectual de tan diferente y por entónces tan inferior linaje.

Luis XIV, que, en el engruimiento natural de su poder y de su gloria, no veía en la corona de España sino un elemento auxiliar de la suya, ayudaba activamente con su política y sus consejos á la conservacion de las influencias de exótico origen que preponderaban en la córte española. «No os olvideis de que sois príncipe frances», fué la primera advertencia que el

(1) En América, donde era ménos conocida la incapacidad de Carlos II, fué muy deplorada su muerte

(2) Monsieur Villemain, de ordinario tan imparcial y tan moderado, habla de Felipe V con esta

desdefiosa y áspera concision: *Un petit fils de Louis XIV, un élève de Fénelon, avait sommeillé sur le trône, entre d'insipides frivolités et de bizarres manies, sans souci de rien d'honorable.*

gran monarca dirigió en tono solemne al nuevo rey en presencia del Embajador de España (1). A ser dable y adecuada al carácter dominador de Luis XIV, una advertencia en contrario sentido, habría sido más cuerda y más conforme á la razón de estado. Todavía duraban en la memoria de los españoles los proceder, ya violentos, ya tortuosos, ya altivos, que Luis XIV había empleado contra España desde aquella desdichada guerra á que puso término la paz de Nimega, más deplorable para nosotros que la guerra misma. Aun humeaban, por decirlo así, Barcelona y Alicante, bombardeadas por las armas francesas (2). Recientes, inmediatos estaban los famosos convenios de El-Haya y de Londres (3), que la posteridad calificó de *infames*, en los cuales, bajo la influencia de Luis XIV, y sin la menor anuencia de España, se repartía caprichosamente su corona como vil mercancía. Si la postración de ánimo, y el estupor mismo que producían tan repetidos y extraordinarios golpes, embotaban, al parecer, la sensibilidad de la nación, no apagaban las centellas del odio intenso que en aquellos días profesaban los españoles á la nación francesa. Las apremiantes necesidades de la existencia política de los estados, que con insuperable fuerza imponen el remedio, fueron la causa verdadera de que los españoles recibieran con ánimo franco á la casa de Borbon. Razones de naturaleza política, hermanadas con sanas prendas geniales del Monarca, fueron parte igualmente para que Felipe V mirase con interés y afecto por el comun provecho del noble pueblo que se había echado tan confiadamente en sus brazos; pero el apego á las ideas y á las costumbres, que se infunden en el alma con la atmósfera en que se nace, así como la involuntaria antipatía que inspira cuanto de ellas se aparta, ni se desvanecieron en el ánimo del príncipe extranjero, ni se entibieron por entonces en el espíritu del pueblo castellano.

Mozo inexperto, mal dotado por la Providencia del instinto de observación y de la entereza necesarios á los hombres de estado, y rendido, muchas veces á pesar suyo, á la abrumadora protección de su ilustre abuelo, no pudo Felipe V evitar que interviniesen en la dirección de los negocios del Estado manos extranjeras, con mengua de nuestra nacionalidad y de nuestra gloria. Oscuros extranjeros, levantados con escándalo al puesto de consejeros de la corona (4); los altos cargos de la casa real otorgados á personas, francesas ó españolas, designadas por Luis XIV; los honores más elevados y de índole nacional históricos concedidos, sin reciprocidad siquiera, á clases enteras de la nación francesa (5); la mal embozada predilección del monarca español á los franceses (6); la admisión pública y oficial en los consejos de la corona de los embajadores franceses, que solían creerse verdaderos gobernadores de la monarquía: todo esto constituía una de las tutelas internacionales más tristes y más vergonzosas en que ha llegado á caer nación alguna. La Francia, sin pensarlo, y llevada por el torrente de los tiempos y de las transformaciones históricas, tomaba ahora amplio desagravio de aquella era en que España regía en Francia los Estados Generales por conducto de sus embajadores.

(1) Este consejo fué repetido en las primeras instrucciones escritas que dió Luis XIV á Felipe V; instrucciones, por muchos admiradas, donde, al lado de cuerdas y elevadas lecciones, campean otras por demás extrañas ó triviales.

(2) Campañas de 1691, 1694, 1697.

(3) 11 de Octubre de 1698, 3 de Marzo de 1700.

(4) Orri, Alberoni, Riperdá, etc.

(5) La medida de esta clase que lastimó más hondamente el orgullo de los españoles fué la que alzó á la jerarquía de Grandes de España á todos los Pares de Francia. La historia no ha olvidado la enérgica protesta del Duque de Arcos, la cual le acarrió la severidad del Soberano y el alejamiento de su corte.

(6) Llegó á tal punto, que el mismo Luis XIV cre-

yó indispensable poner coto á este abuso, que, con su anterior política, había él mismo provocado. Así decía: «Aparta el rey Felipe de su servicio á los españoles, á causa de una preferencia sobrado manifiesta á los franceses. Diríase que sus súbditos le son insoportables... Es necesario que ponga el Rey de España todo su conato en ganar la voluntad de sus vasallos. Si estima poco á los españoles, fuerza es que lo oculte cuidadosamente... Su amistad á Francia debe inspirarle el deseo de que vivan en la más estrecha unión españoles y franceses. Si prefiere á éstos, se aumentará el odio de aquéllos, y harto viva ya, por desgracia, la antipatía.» (*Instrucciones de Luis XIV á su embajador en España, el cardenal d'Estrées.*)

La influencia francesa, si bien se entronizaba con cierta violencia política en la corte española, no se infundía aún en el alma de la nación, no obstante el carácter atractivo y simpático de la civilización peculiar de la corte francesa á principios del siglo último.

La Grandeza protestaba á cada paso contra aquella invasión de allegadizos elementos de exótico origen, que apartaban de su natural asiento y camino el sér moral de la nación, y el pueblo, aunque su voz era entonces inconsistente y flaco contrapeso á la acción gubernativa de la corona, protestaba también en vulgares sátiras, y á veces en más autorizados documentos, contra aquella preponderancia extranjera, que repugnaba á sus instintos de independencia y á sus gloriosas tradiciones.

Después de este somero cuadro, ocioso es decir que la literatura patria, y en especial la poesía, á la sazón gastada y corrompida, no podía renacer ahora con las nuevas influencias que traía la casa de Borbon. El revuelto período de la guerra de sucesión no era tampoco tiempo de cantar; era tiempo de combatir. El pueblo había olvidado pulsar la lira, pero no manejar las armas; y las memorables batallas de Villaviciosa y de Almansa, y la creación casi repentina de vigorosas falanges allí donde parecían agotados todos los medios de resistencia, demostraron, entonces como siempre, que la raza española está dotada para la guerra de una vitalidad poderosa, que ni el tiempo gasta, ni los reveses amortiguan.

Pero la decadencia pública, los desastres de la guerra civil, el estruendo de las armas extranjeras dentro del reino, y las influencias francesas de la corte, no podían dar vida á la inspiración literaria y al gusto depurado que sabe hermanar lo sencillo con lo grande. Las artes de inspiración son plantas delicadas, que rara vez despliegan toda su esplendorosa lozanía si no las mecen las auras de la paz, si no las calienta el sol de la patria. La poesía lírica, en vez de robustecerse y acrisolarse, descendió entonces al más pobre y abyecto estado. Puede decirse que murió enteramente, pues algunos rasgos de ingenio, como al azar sembrados en un caos de conceptos vulgares y de juegos pueriles de forma, no llegan á constituir nunca aquel armonioso conjunto de altas ideas, de emociones sinceras, de formas puras y concisas, que son la esencia del verdadero número lírico. Muchos cultivaban la poesía; algunos demostraban ingenio claro y desembarazado y fecundo; el torrente del mal gusto, unido á la falta de nobles estímulos, ahogaba sus prendas naturales, y ni uno solo llevó á sazón los frutos de su talento (1).

La poesía castellana, en sus felices tiempos, tenía hechizo y galas cuando no tenía inspiración. Ahora ya había perdido inspiración y galas. Sin embargo, antes de pasar de esta época de absoluta degeneración á la época doctrinal, en la cual nuevas tendencias de carácter poco español iban á enseñorearse de las letras, algo del espíritu nacional se conservaba todavía en los romances de carácter popular. Véase, por ejemplo, el romance á los triunfos de Felipe V, que empieza así:

Invicto Alcides hispano,
En cuyo valiente acero
La fama imprime victorias,
Y la justicia escarmientos...

Si de Alejandro y de César
Volúmenes guarda el tiempo,
Para tus triunfos parece
Que son los siglos estrechos.

Este y otros romances, como todo cuanto se escribía entonces, están llenos de afectadas metáforas y de alambicadas frases, pero no puede negarse que resuena en ellos de cuando en

(1) Luzán hace del padre maestro Perez de los Agonizantes el siguiente elogio: *A principios de este siglo (xviii) escribía con elegancia y gusto, y es lástima que sus versos no se hayan dado á la estampa.* En balde, aunque con suma diligencia, hemos buscado las poesías manuscritas del padre maestro Perez de los Agonizantes. Grande es la autoridad de Luzán para juzgar aquel triste período, que, en su

tarea de reformador, hubo de mirar con prevención severa; pero sin embargo, sin conocer las celebradas poesías, no nos atrevemos á admitir esta excepción al fallo consignado en la presente Introducción. *Elegancia y gusto* en la poesía española, á principios del siglo xviii, serían un fenómeno singular de historia literaria.

cuando como un eco lejano de la gallarda entonación de Góngora y de Calderón. Hasta en poetas insignificantes, preciados de cultivar la lírica elevada, se advierten nobles rasgos, perdidos en un fárrago de ridículas metáforas. Uno de ellos, *don Juan Enciso*, que llega al colmo de la pedantería llamando á la prematura muerte de Carlos II *inmatureo ocaso*, demuestra, aún en su estilo enfático y alambicado, que tenía prendas, cuando ménos, de versificador numeroso. De otro tanto da indicios *don Francisco Bernaldo de Quirós*, en un canto al advenimiento al trono del rey Felipe V. Cree presagio feliz el nombre de *Quinto*, y saca á plaza una larga serie de *Quintos* esclarecidos: *Quinto Fulvio*, *Quinto Fabio*, *Quinto Metelo*, *Alfonso V* de España, *Alfonso V* de Portugal, *Enrique V* de Inglaterra, *Boleslao V* de Polonia, *Eurico V* de Dinamarca, *Carlos V* de Francia, y otros varios *Quintos*, monarcas y papas, entre los cuales olvida á *Pío V*, tal vez porque este santo pontífice no había sido todavía canonizado á la sazón en que *Bernaldo de Quirós* escribía.

Al lado de insufrible afectación en el pensamiento y en el estilo, campea en los versos de este poeta cierto ambicioso vuelo, que denota que su imaginación no era de índole vulgar. Véase, por ejemplo, esta octava, que dirige al recién coronado monarca, que no había salido de la adolescencia todavía:

De Jove y jóven han de ser tus prendas;
Que acierto y juventud no están reñidos:
El genio, y no la edad, es bien que entiendas
Constituye los héroes aplaudidos.

Las de los años son vulgares sendas;
En su oriente los soles son lucidos;
Los Hércules que mandan la fortuna,
Doman los monstruos en la misma cuna.

Este discreto, en que se combinan el alambicamiento y la elevación, no podía desagradar á unas gentes que todavía admiraban los delirios grandilocuentes de Góngora. *Don Pedro Scoti de Agóiz*, cronista y autor dramático de aquella era, escribió, en alabanza de las octavas de *Bernaldo de Quirós*, un soneto, en el cual, al través del falso barniz de tan relumbrante poesía, asoma algún vigor de idea y de entonación, cosa rarísima en aquellos infelices días. Así dice de la inspiración, en el primer terceto:

Que dar alma al pincel, bulto al acento,
Es un milagro á que sin alto influjo
Llegar pudo jamás humano aliento...

Tales fueron, en fin, el envilecimiento del gusto y el desfado de los poetas, que había algunos de éstos que dedicaban sus versos á asuntos, no sólo familiares y rastreros, no sólo repugnantes, sino de aquellos que en las naciones cultas no es lícito dar á la estampa. Entre infinitos ejemplos, merece mencionarse la especie de trova ó parodia, que escribió *don Juan José de Salazar y Hontiveros*, de las célebres décimas de *La Vida es sueño*, con motivo de haber adolecido un amigo suyo de una enfermedad vergonzosa. *Salazar*, un sacerdote respetable, muy estimado en la corte de Felipe V, y admitido en la intimidad familiar del Príncipe de Asturias (después Fernando VI) y de su hermano el infante don Carlos (después Carlos III), se atreve candorosamente á imprimir esta composición escandalosa, en la cual no sólo se llama por su nombre á las cosas más feas é indecorosas, sino que ¡cosa singular en aquel tiempo! escoge á un fraile como uno de los tipos de gente libertina que mejor cuadra al extraño asunto de su inmunda poesía (1). Las letras, pervertidas, servían como de abrigo

(1) Estos tipos son un fraile, un alguacil y un paje. Hé aquí la tercera décima de esta chocarrera parodia:

Nace un fraile, que no nace
Para padre, y con la bulla,
Apénas de la cogulla

El santo temor deshace,
Cuando á todas partes hace
Hipócritas megigangas,
Y, en fin, logra pegar mangas,
Sin pegársele un desastre;
Y yo, con ser tan gran sastré,
No puedo hablar bien de gangas,

este trastorno moral, que á favor de ellas pasaba inadvertido ante una corte morigerada y en una sociedad escrupulosa.

Se ha repetido que en aquel período habían muerto las letras castellanas. Las letras dignas de este nombre, es verdad, habían muerto. Pero no ha de entenderse por esto que no se cultivaba la literatura en España. Para una *Justa poética* celebrada en Murcia, el año de 1727, en honor de san Luis Gonzaga y san Estanislao de Kostka, escribieron cinco poetisas y más de ciento cincuenta poetas, entre ellos los célebres cura de Fruime, don Agustín de Montiano y Luyando, el padre Isla y el Marqués de la Olmeda, vencidos, por cierto, todos cuatro, en el certámen, por poetas oscuros, aún peores que ellos. Brotaban como plaga en todas partes versificadores y copleros, cual suele acontecer en las decadencias literarias. No faltaban poetas; lo que faltaba era poesía.

CAPÍTULO III.

Recuerdos del estilo encrespado y oscuro de Góngora. — Manifiéstanse afición las clases ilustradas. — Leon y Mansilla. — La catedral de Salamanca. — Prevalce la poesía conceptuosa chabacana. — Otros poetas de la extrema decadencia lírica. — Zamora. — Cañizares. — Bances y Candamo. — Álvarez de Toledo (don Ignacio). — Enriquez Arana. — Benegasi y Lujan (don Francisco). — Mística poética. — Sor Gregoria de Santa Teresa. — Sor María del Cielo. — Prosadores poetas. — Torres. — Feijóo. — La poesía en las Indias. — Méjico. — El Perú. — El Virey Marqués de Castell-dos-Bius. — Monforte. — Peralta Barnuevo. — El Conde de la Granja.

«Pecaron los cultos, decía Forner (1), por demasiado poetas... Luégo cayó la ambición de la fantasía, y pecó por vil y ruin, como ántes pecaba por encofetada y escabrosa.»

Hasta el sesudo Forner, hombre de severo y alto criterio, llamando *demasiado poetas* á los poetas extraviados, denota la fácil indulgencia con que suelen ver los españoles todo empleo, siquiera sea exorbitante y descaminado, de la imaginación.

Degradada la poesía cuanto cabe estarlo, á principios del siglo anterior, aún se encontraban en España personas ilustradas que, en vez de caer en la chocarrería familiar que dominaba entonces, intentasen enaltecer la poesía; como lo habían hecho los cultos, tomando por elevado lo oscuro, por elegante lo ampuloso, y lo extravagante por sublime. Según ya hemos indicado, Góngora deslumbraba todavía con su gloria y con su ambicioso y exuberante estilo, y no faltó quien con ciega temeridad se juzgase capaz de imitarle y de seguir sus huellas. Un oscuro poeta cordobés, *don José de Leon y Mansilla*, creyendo completar las *Soledades* de Góngora, escribió la *Soledad tercera* (2). Aunque versificador numeroso, faltaba á Leon el fuego sagrado que había encendido la fantasía de su modelo, y no acertó á ponerse al nivel de éste, ni en el brío de la entonación, ni en el color descriptivo, ni siquiera en el ímpetu de sus delirios.

Verdaderos sabios, tales como el famoso dean *Martí*, imitaban igualmente en lo censurable al gran lírico cordobés. Corporaciones enteras, de las más respetables que encerraba España, se manifestaban entusiastas del relumbrante y metafórico estilo. Un curioso ejemplo demostrará hasta qué punto puede avasallar el mal gusto á las clases más ilustradas, y cuán difícil es sobreponerse á los resabios y errores que son tenidos por galas y aciertos en las literaturas decadentes. El Cabildo de la catedral de Salamanca, deseoso de celebrar la colocación del Santísimo Sacramento en aquella insigne iglesia, formó varios asuntos, para que fuesen cantados por los más famosos poetas de la época. Cinco de estos asuntos fueron encomendados á *Gerardo Lobo*, de quien más adelante hablaremos. El primero de ellos, la descripción

(1) Carta al Duque de Montellano.

(2) *Soledad tercera*; siguiendo las dos que dejó

escritas el príncipe de los poetas líricos de España, don Luis de Góngora, etc. — Córdoba, 1718.